

CONVERSACIONES DE SALAMANCA

7-8 de junio de 2012

La enseñanza de la filosofía dentro de la formación teológica

Esteban de Vega¹

Los días 7 y 8 de junio se celebró en Salamanca, por vigésimo sexta ocasión, el encuentro de profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca y representantes de centros universitarios adscritos a la misma Universidad, que tiene por título genérico el de Conversaciones de Salamanca. En esta ocasión, el tema concreto sobre el que giraron tanto las ponencias como las comunicaciones fue el de La enseñanza de la Filosofía dentro de la formación teológica. En espera de que se publiquen las actas del encuentro, ofrecemos este breve resumen, en el que no se pretende sintetizar el contenido de las ponencias, ni siquiera hacer una referencia a todas ellas, sino más bien presentar de modo global las ideas de fondo que estuvieron más presentes y que suscitaron una reflexión más viva a lo largo del encuentro.

El tema venía suscitado por la reciente publicación del Decreto de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, en el que se propone la reforma de estudios de Filosofía en el Grado-Bachiller en Teología. La primera ponencia, a cargo de D. Francisco García

¹ Hermano de La Salle. Profesor de Antropología de la religión del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas "San Pío X". Profesor de filosofía del Colegio Institución-La Salle de Madrid.

Martínez, Vicedecano de la Facultad de Teología de Salamanca, nos situó muy bien acerca del contenido del documento y no permitió conocer en profundidad las líneas de fondo que motivan dicho decreto. Será esta la única ponencia en la que me detengo de forma explícita, porque todas las demás, de un modo u otro, se veían enmarcadas dentro del contenido que esta primera ponencia desarrolló. Por este motivo, expongo brevemente algunas de sus ideas, ya que, al ser la primera, sirvió no sólo de puerta de entrada a las conversaciones, sino también sirvió de referencia obligada al resto de los ponentes.

Antes de abordar la relación entre la teología y la filosofía, la ponencia se centró en la situación en que se encuentra la filosofía actualmente. ¿Tenemos motivos para seguir manteniendo confianza en la razón? ¿Podemos pretender adquirir la verdad? ¿Nuestra interpretación de la realidad está abocada, irremediablemente, a un subjetivismo o a un relativismo del que no podemos escapar? ¿Nuestro conocimiento de las cosas es sólo un conocimiento interpretativo?

Francisco García Martínez nos hizo tomar conciencia del recorrido que ha realizado la razón a lo largo de la modernidad. Fue canonizada en sus inicios y se la pretendió totalmente desvinculada del mundo de la teología, y hasta en oposición con ella; pero en el momento actual, después de los avatares históricos y filosóficos del siglo XX, nos encontramos en una situación en la que la modernidad ha ascendido (o descendido) a unas cotas que no le habrían sido imaginadas en su inicio y ha devenido post-modernidad. Y, en este proceso, la razón ha quedado más que malherida. De ahí las preguntas lacerantes que nos podemos plantear, que no sólo se refieren a nuestra capacidad de conocer la realidad, con lo cual se limitarían a un escepticismo suave, sino que incluso se replantean la entidad de la propia realidad. Parece que todas las filosofías que se han sucedido en las últimas décadas ponen en tela de juicio lo que conocemos de la realidad, y podemos correr el riesgo no sólo de negar la realidad tal y como la hemos afirmado, sino de perder

la misma realidad, o de terminar por instrumentalizarla en función de los propios intereses.

Ante esta situación, es necesario recuperar el gran logos, en una especie de tercera fase que supere las negaciones o las dudas irresolubles anteriores, pronunciando no sólo pequeñas relativizaciones de la realidad, sino también convicciones fuertes que nos permitan afirmar el ser y nuestra capacidad de reconocerlo, y estando convencidos de que el planteamiento metafísico sigue siendo no sólo posible, sino también necesario. Y en este paso, la fe se reconoce a sí misma como la que nos puede abrir al misterio de la realidad, no sólo en una vertiente intraeclesial, sino refiriéndolos a la propia realidad social.

Así pues, la ponencia, en un intento de justificar el documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, aboga por dos recuperaciones:

- La recuperación del planteamiento filosófico fundamental, que nos permite mantener la confianza en que es posible el planteamiento de los grandes temas que afectan a la vida humana: su dignidad, la libertad, la moral, la no instrumentalización del ser humano, el alma...

- La recuperación del hábito filosófico originario, que consistía, por una parte, en el amor a la verdad y, por otra, en un método que se caracterizaba por la disciplina y el rigor intelectual para encontrarla, superando las visiones relativistas y subjetivas de "mi" verdad y los fanatismos individualistas negadores de la capacidad de acercarnos a la verdad, al ser tal cual es.

Son contenidos realmente serios, que para quienes no se encuentren familiarizados con la problemática filosófica del siglo XIX y XX pueden parecer muy teóricos y excesivamente intelectualizados, pero que están en el trasfondo de lo que actualmente estamos viviendo y respirando, pues los grandes problemas de tipo ético y antropológico hunden sus raíces en problemas de calado metafísico.

Todo el encuentro giró en torno a estas ideas fundamentales, a las que se fueron añadiendo interrogantes, concreciones y nuevos planteamientos, a veces de índole más académica y otras de tipo más vital y práctico. Por ejemplo, haber analizado con cierta profundidad las ideas anteriores nos permite comprender mejor el porqué de los dos años de filosofía previos al inicio de los estudios teológicos. Prácticamente todos los que hablaron incidieron en lo apropiado de esta medida, a pesar de que los alumnos de teología parezcan no recibirla con agrado. No se puede profundizar en los grandes problemas de tipo teológico sin haber antes sondeado con cierta profundidad las grandes cuestiones que el hombre se ha planteado a nivel humano, existencial, antropológico y sin haberse acercado a las respuestas que la filosofía ha ido ofreciendo, por más que estas respuestas nunca parezcan definitivas y se vean abocadas a una revisión constante. Es la grandeza y la condena de la filosofía. Sin haber hecho este viaje previo y haberse encontrado con las grandes cuestiones, difícilmente se podrán entender, a su vez, las grandes cuestiones y respuestas de la teología. De hecho, algunos profesores expresaron su preocupación por la especie de desafección con la que tantos estudiantes de teología no se sumergen en estas cuestiones y se dejan llevar por la prisa de llegar enseguida a los temas y los contenidos más eminentemente pastorales. Resulta edificante contemplar el celo por la misión que alienta a los que se van a dedicar a la evangelización; pero es una pena que no preocupe el hecho de enfrentarse a la labor pastoral sin haber logrado la hondura que sería necesaria y sin mantener viva la preocupación por intentar dar respuesta a los grandes problemas del espíritu humano, que tarde o temprano aparecen en la acción pastoral.

En relación con la cuestión anterior, también alguna ponencia incidió en la necesidad de la apertura de la filosofía a la teología. Casi todo el encuentro partía de una premisa que parece incuestionable: no es posible hacer teología sin una base sólida de filosofía; hasta aquí, todos de acuerdo. Sin embargo, algún ponente dio un

paso más para afirmar que, en rigor, tampoco es posible la filosofía sin la teología, lo cual dio lugar a un detenido e intenso debate. Por una parte, parece que durante gran parte de la historia de occidente esa afirmación era innegable, pues filosofía y teología caminaban unidas, sin que a veces se supiera dónde terminaba una su andadura y dónde la iniciaba la otra; el lenguaje que utilizaban era común, lo mismo que los temas que analizaban. El enfoque de los problemas no podía ser diferente, puesto que la cultura se encontraba inmersa en una cosmovisión de cristiandad... En fin, por muchos motivos, su relación era evidente, sin olvidar uno que quizá es el principal, y es que en el contexto de la historia de occidente el sujeto no creyente era más bien una excepción, en contraposición al momento actual.

Sin embargo, la historia de la relación entre filosofía y teología ha ido cambiando, primero paulatinamente, a partir del renacimiento, y después de un modo muy acelerado, a partir del siglo XVIII y XIX. Hoy, nos encontramos en un paradigma completamente diferente, y, desde la filosofía de los humanismos ateos y los filósofos de la sospecha el planteamiento cristiano de la vida es para muchos filósofos totalmente inconciliable con la cosmovisión cristiana. Por tanto, la afirmación de la unión de filosofía y teología debe ser muy matizada. Ahora bien, no cabe duda de que el conocimiento de la teología facilita la comprensión de muchos de los temas de análisis, que muchos conceptos teológicos son a la vez conceptos metafísicos, que el rigor metodológico con que la teología se mueve le vendría muy bien al quehacer filosófico, etc. En este sentido, ya hace muchos años el eminente teólogo Juan Luis Ruiz de la Peña² se quejaba de la superficialidad con la que muchos filósofos se atrevían a adentrarse en el terreno de la teología sin tener el mínimo de conocimientos como para poder hacerlo, a la vez que se congratulaba de que la mayoría de los teólogos, por su parte, podía vadearse en el campo de la filosofía, porque, al menos muchos de ellos, sí habían dedicado sólidos esfuerzos al estudio de la filosofía.

2 Cfr. RUIZ DE LA PEÑA, J. L., *Crisis y apología de la fe*, Sal Terrae, Salamanca 1995.

Ya casi para terminar, añado otra idea que también me parece digna de destacar: se percibía, tanto en los ponentes como en muchos de los asistentes, que intervinieron de una forma muy fluida en los momentos de intercambio, una conciencia de cambio o de final de proceso. La situación de una filosofía postmoderna, que conduce al nihilismo, al relativismo, al debilitamiento de la razón y del hombre, a la deconstrucción o el pensamiento líquido, en el que todo vale, etc., parece estar periclitada... Muchas de estas vías se han mostrado en sí mismas como vías muertas, que no tienen salida y que, por tanto, no pueden dar más de sí. Se han revelado, a lo sumo, como experimentos exploratorios en campos que, a la postre, se han mostrado poco fértiles. Sin embargo, lejos de entonar un canto de triunfo y de atrincherarnos de nuevo en posturas que parecen muy seguras y que al final terminan por pasar factura, o en el orgullo de volver a la metafísica aguerrida de los conceptos sólidos y de los grandes sistemas, nos conviene recibir también la herencia de lo que este recorrido nos puede aportar, porque no ha sido un recorrido estéril. De entrada, así como la filosofía y la teología no pueden ser las mismas después del infierno de Auschwitz, la filosofía y la teología no pueden ser las mismas después de la aportación de Nietzsche, de Heidegger o de Wittgenstein, por ejemplo. Su análisis profundo de la filosofía occidental, sus ataques, en ocasiones bastante intempestivos y hasta hirientes a la dogmatización de un pensamiento que se reveló no sólo poco humilde, sino incluso demasiado omnipotente, pueden hacernos un gran favor, y debemos aprender de lo que nos muestran. Porque la llamada a la humildad de la filosofía, de un pensamiento que no puede llegar a captar toda la verdad, es algo que se nos impone y debemos admitir. Y, sólo a partir de esa base, podremos reiniciar la construcción.